

## PERSONAJES

~~~~~

SIFREDO.

MIME.

UN VIAJERO.

ALBERTO.

FAFNER.

ERDA.

BRUNILDA.



## ACTO I

Un bosque.—El proscenio representa una gruta cuyo lado izquierdo se extiende hacia el interior del escenario, ocupando el derecho unas tres cuartas partes del mismo. Dos entradas naturales permiten penetrar en la gruta: la una en el fondo y la otra, más ancha, también en el fondo pero á un lado. En la pared interior de la gruta, hacia la izquierda, se ve un grande hornillo de fragua formado á pico en las mismas rocas; el único objeto artificial del horno será un gran fuelle; la chimenea, que es también natural, pasa al través de las rocas. Un gran yunque y otros instrumentos de herrería.

## ESCENA PRIMERA

MIME (*después de un corto preludio, sentado al lado del yunque, da martillazos sobre la hoja de una espada; al fin se detiene abatido*).— ¡Tormento pesado! Trabajo sin fruto. La mejor espada que forjé en mi vida resistiría á los puños de los gigantes, y aquel débil mozuelo la hace pedazos como si fuese un juguete! (*Tira desanimado la espada sobre el yunque, se apoya en ambos codos y mira pensativo al suelo.*) Una hay que no rom-

pería. Los pedazos de Nothung resistirían, si supiese soldarlos, pero mi arte no alcanza á tanto. Si pudiese forjársela á éste, aún alcanzaría premio mi infame proceder! (Se echa más hacia atrás é inclina pensativo la cabeza.) Fafner, aquel ogro salvaje, está tendido en el bosque oscuro; con el enorme peso de su cuerpo guarda el tesoro de los nibelungos. La fuerza infantil de Sifredo vencería el peso del cuerpo de Fafner, y yo me ganaría el anillo del nibelungo. Sólo una espada hay para esto; sólo Nothung sirve á mi ambición, cuando Sifredo la blanda sembrando la muerte:... ¡y no puedo forjarla! (Sigue, con visible desaliento, dando martillazos.) Tormento pesado! Trabajo sin fruto! La mejor espada que en mi vida forjé, no sirve para esta única acción! Golpeo el yunque porque así lo quiere aquel mozalbete; la rompe y tira los pedazos y me riñe luego si no le forjo lo que quiere!

(Sifredo llega del bosque en rústico traje de caza y con una bocina de plata pendiente de una cadena; sujeto á una cuerda, hecha de corteza de árbol, trae consigo un enorme oso, á quien con maliciosa alegría excita á que ataque á Mime; éste lleno de espanto deja caer la espada y se esconde detrás del hornillo; Sifredo le acosa por todos lados con el oso.)

SIFREDO.—Muérdelo! cómetelo! cómete á ese forjador chapucero.

(Se ríe á carcajadas.)

MIME.—Aparta á ese animal. ¿De qué te sirve este oso?

SIFREDO.—Lo traigo para poderte atormentar mejor: á ver, pregúntale por la espada.

MIME.—Eh! deja al animal! ahí está el arma; hoy la acabaré de pulir.

SIFREDO.—Pues entonces, por hoy te librarás del apuro! (Quita la cuerda al oso y le da un golpe en la espalda.) Vete, no te necesito más.

(El oso se va.)

MIME (sale temblando de su escondrijo).—Que mates osos no me parece mal, pero ¿por qué traes á ese, vivo á casa?

SIFREDO (Se sienta para reponerse de la risa).—Es que busco un compañero mejor que el que aquí tengo: en el fondo del bosque hice resonar la bocina para ver si se me presentaba un buen amigo. De entre los matorrales salió un oso que me escuchó refunfuñando; me gustó más que tú, pero puede que aún encuentre algo mejor; con esa cuerda le até para que viniese á pedirte la espada, bribón!

(Se levanta de pronto y va á coger la espada.)

MIME (la coge primero).—Le hice muy afilada la punta, quedarás contento de su hoja.

SIFREDO (coge la espada).—¿De qué me sirve su brillo si no es fuerte el acero? (La prueba con la mano.) ¿Qué chisme es este? ¿á ese débil hierrecito llamas espada? (La hace pedazos contra el yunque, y saltan los fragmentos por el aire: Mime retrocede asustado.) Aquí tienes los pedazos, miserable chapucero; debí romperlos sobre tu cabeza. ¿Hasta cuándo has de engañarme, fanfarrón? Me hablas de gigantes y combates sangrientos, de hechos heroicos y esforzadas defensas; quieres ofrecerme armas, forjarme espadas; alabas tu arte como si en él fueses maestro, y en cuanto tomo entre las manos lo que has forjado, se hace pedazos. Si no fuese tan repugnante este gusano, yo mismo lo forjaría con sus propias herramientas y así acabarían de una vez tantas molestias.

(Se sienta furioso sobre un banco de piedra á la derecha.)

MIME (que ha ido evitándole con prudencia).—Ya vuelves á enfurecerte como un loco. Grande es, en verdad, tu ingratitud. Si no se lo arreglan todo á su gusto á este niño mal criado, olvida al momento los beneficios recibidos. ¡Qué! ¿no te acuerdas ya de las lecciones

que sobre el agradecimiento te di? Á tu bienhechor tienes que obedecerle siempre. (*Sifredo vuelve malhumorado el rostro á la pared, dando la espalda á Mime.*) Eso no lo quieres oír! Pero comer, sí querrás. Toma este trozo de sabroso asado; ¿quieres probar la bebida que he preparado para ti?

(*Ofrece á Sifredo la comida. Éste, sin volver el rostro, tira el plato al aire.*)

SIFREDO.—Ya he comido: ese brebaje insípido bébetelo tú.

MIME (*resentido*).—Así agradeces mi cariño! Así pagas mis desvelos! Desde niño te he criado, te vestí; te di de comer y de beber, te protegí como á mi propio pellejo; te arreglé un lecho en que poder dormir tranquilo; te forjé juguetes y una sonora bocina, y me esmeraba en recrearte; te di buenos consejos, te enseñé cuánto sabía y mucho más. Mientras estoy en casa trabajando, tú paseas y te diviertes á medida de tu gusto; yo, por ti, dale que dale, y lleno de afanes, sólo por ti, me consumo, pobre y viejo enano! Y en premio de tantas angustias, consigo que este muchacho colérico me atormente y me aborrezca. (*Empieza á gemir.*)

SIFREDO (*que ha vuelto el rostro y escudriña con calma la mirada de Mime*).—Muchas cosas me has mostrado y muchas aprendí de ti; pero lo que más empeño tuviste en enseñarme nunca pude aprenderlo: el tenerte cariño. Me repugna la comida que me traes; me preparas para el descanso blando lecho, y con dificultad acude el sueño á cerrar mis cansados ojos; quieres enseñarme á ser mañoso y diestro, y yo preferiría quedarme torpe y tonto. Cuando considero lo que haces, veo tu mala intención; cuando te contemplo en pié ó andando vacilante, encorvado, doblado y parpadeando sin cesar, me entran ganas de cogerte por el pescuezo y mandarte á paseo! Ahí tienes, Mime, cómo aprendí á tenerte cariño. Pero ya que tan sabio eres, enséñame

una cosa sobre la que en vano tan á menudo discurri; ¿cómo es que huyendo al bosque por no estar contigo, vuelvo otra vez á casa? Todos los animales me son más gratos que tú: los pájaros, los peces en el arroyo, los árboles en el bosque, todos los prefiero á ti; ¿cómo, pues, vuelvo? Ya que tan sabio eres, explicámelo.

MIME (*se coloca familiarmente delante de él, á corta distancia*).—Eso te demuestra, hijo mío, cuán cerca estoy de tu corazón.

SIFREDO (*riéndose*).—Ya sabes que no te puedo sufrir; no lo olvides tan pronto.

MIME.—Eso es culpa de tu ferocidad, que deberías corregir. Los pequeñuelos claman por el nido de sus padres, el amor es el deseo; así tú, sediento de amor, te vienes hacia mí! Lo que el ave para su hijuelo cuando le alimenta en el nido antes de poder volar, esto es para ti Mime que con tanto desvelo te cuida.

SIFREDO.—Oye, Mime, ya que eres tan ingenioso, dime otra cosa. Los pájaros cantan alegres en la primavera y el uno llama al otro: tú mismo me dijiste, cuando lo pregunté, que eran macho y hembra. Se tratan con tanto amor y no quieren separarse! Construyeron un nido y allí incubaron y luego los pequeñuelos revolotean en derredor y ambos cuidan de la prole. Así descansaban, también aparejados, en el bosque los ciervos; hasta el mismo lobo y las zorras: el macho lleva la comida á los cachorros y la hembra los alimenta. Allí aprendí lo que era amor; nunca robé á la madre sus hijuelos. ¿Dónde tienes tu hembra, Mime, para que pueda llamarla madre?

MIME (*de mal humor*).—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? No seas torpe. ¿Acaso eres pájaro ó zorro?

SIFREDO.—Tú criaste al niño balbuciente, abrigaste con vestidos al pobre gusanillo. Pero, ¿de dónde sacaste al niño? ¿quizá lo tuviste sin madre?

MIME (*muy apurado*).—La verdad; yo soy tu padre y tu madre al mismo tiempo.

SIFREDO.—En eso mientes, miserable truhán! He visto que los hijos se parecen á los padres; me acerqué al arroyo cristalino y ví que en él se reflejaban fielmente los árboles y los animales; el sol y las nubes aparecían en el fondo del arroyo. Allí contemplé también mi propia imagen, y me ví enteramente distinto de ti; así se parecería al sapo el pez esbelto; pero nunca salió de un sapo un pez.

MIME (*muy enojado*).—¡Vaya un modo de disparatar!

SIFREDO (*cada vez más animado*).—Ahora se me ocurre lo que tanto me daba qué pensar: el por qué vuelvo á casa cuando me alejé para dejarte. (*Se levanta sobresaltado.*) De tu propia boca he de saber quién es mi padre y mi madre.

MIME (*evitándole*).—¡Qué padre ni qué madre! Vaya una pregunta inútil!

SIFREDO (*le coge del pescuezo*).—Á buenas no alcanzo nada; todo he de arrancártelo á la fuerza; hasta el dón de la palabra tuve que sacarle así á este pillo; dí, en seguida: ¿quiénes son mis padres?

MIME (*logrando desasirse de Sifredo*).—Me estrañulas! Suelta; te diré lo que tanto anhelas saber, tal como lo sé. Muchacho desagradecido! Sabe, al fin, por qué razón me odias! No soy tu padre ni tu pariente, y á pesar de esto me debes la existencia. Me eres enteramente extraño; sólo por compasión te dí albergue y no logré en cambio cariñosa recompensa! ¿Por qué, loco de mí, la llegué á esperar alguna vez? Tiempo há, yacía gimiendo en el bosque desierto una mujer; la trasladé como pude á esta cueva para cuidarla junto al calor del hornillo. En su seno llevaba un niño á quien aquí, tristemente, dió á luz; ayudéla como mejor supe en sus dolores: la angustia fué grande... y al fin murió... pero se salvó Sifredo.

SIFREDO (*sentado*).—¿Con que murió mi madre al darme á luz?

MIME.—Te fió á mi cuidado y acepté gustoso el encargo. ¡Cuánto se esmeró Mime contigo! Como niño balbuciente te eduqué...

SIFREDO.—Me parece que esto ya lo has dicho; ahora dí, ¿por qué me llamo Sifredo?

MIME.—Así me dijo tu madre que te llamase, que este nombre te haría fuerte y hermoso..... Calenté con abrigos al recién nacido...

SIFREDO.—Ahora dí, ¿cómo se llamaba mi madre?

MIME.—¡De veras, ya casi no me acuerdo!... Te dí de comer y de beber...»

SIFREDO.—¡Su nombre, dime su nombre!

MIME.—¿Se me habrá olvidado? espera! Sigelinda! me parece que así se llamaba la que te confié á mis cuidados... Yo te cuidé como á mi propio...

SIFREDO.—Y ahora, dí: ¿cómo se llamaba mi padre?

MIME (*con sequedad*).—Á éste nunca le he visto.

SIFREDO.—¿Pero mi madre pronunció su nombre?

MIME.—Que murió en un combate; sólo esto dijo y á ti, huérfano, te me recomendó... Te cuidé mientras crecías; te arreglé un lecho en que pudieses dormir dulcemente...

SIFREDO.—¡Cállate ya con ese necio canto de cuna! ¡Si quieres que crea que no has mentado, dame una prueba de lo que dices!

MIME.—¿Qué prueba quieres?

SIFREDO.—Á ti no te creo sólo por la palabra; necesito algo más para convencerme. ¿Qué prueba puedes darme?

MIME (*después de pensarlo un rato, trae los dos pedazos de una espada rota*).—Esto me dió tu madre: es la débil recompensa que me dejó en cambio de mis afanes y cuidados. Mira, ¡una espada rota! dijo que tu padre la llevaba cuando pereció en su última batalla.

SIFREDO.—¡Y esos son los pedazos que tienes que recomponer: entonces blandiré la espada que me corresponde! ¡Date prisa, Mime; si entiendes tu arte, demuéstralo! No quieras engañarme con otra chapucería cualquiera; sólo en estos pedazos confío. Si te encuentro ocioso ó mal unido el fuerte acero, entonces aprenderás de mí la manera de pulirlo! porque te juro que quiero para hoy esta espada.

MIME (*asustado*).—¿Para qué la quieres hoy?

SIFREDO.—Quiero salir de este bosque y entrar en el mundo y jamás volver. ¡Cuánta alegría me da la libertad! nada me obliga, ni nada me liga; tú no eres mi padre; lejos de aquí estaré en mi patria; tu hogar no es el mío, mi techo no es el tuyo. ¡Como nada el pez alegre en la corriente, como vuela libre el pájaro por los aires, así volaré yo; como huye el viento que pasa rozando el bosque, huiré yo, Mime, para no volver á verte!

(*Se va corriendo.*)

MIME (*sumamente angustiado*).—¡Alto! alto! ¿á dónde vas? (*Grita en el bosque con toda la fuerza de sus pulmones.*) ¡Eh! Sifredo! Sifredo! Allá va corriendo! Y yo aquí me quedo con esta nueva pena! estoy lucido! ¿cómo me arreglo ahora? ¿cómo le retengo? ¿cómo conducirlo á la guarida de Fafner? ¿cómo unir los pedazos de este acero? ¡No hay horno con suficiente ardor para ablandarlos; no hay martillo de enano que venza su dureza: ni el trabajo, ni el sudor de la envidia del nibelungo son capaces de soldar á Nothung! (*Desesperado se deja caer en su banquillo detrás del yunque.*—Un viajero (*Wotan*) sale del bosque y se acerca á la puerta trasera de la cueva. Lleva un manto de color azul oscuro; en vez de bastón una lanza; cubre su cabeza un sombrero de anchas alas, muy inclinado hacia el ojo tuerto.)

EL VIAJERO.—¡Salud á ti, hábil herrero; dignate conceder franca hospitalidad al fatigado viandante!

MIME (*se levanta asustado*).—¿Quién me busca, quién me persigue en el bosque desierto?

EL VIAJERO.—El mundo me llama viajero: muchos países he recorrido, mucho me he movido sobre la capa de la tierra.

MIME.—Pues sigue moviéndote y no descanses aquí.

EL VIAJERO.—Noble hospitalidad me ofrecieron los buenos, algunos me colmaron de regalos. Desgracias tema quien me reciba mal.

MIME.—Siempre vivió conmigo la desgracia; ¿quieres aumentármela aún?

EL VIAJERO (*entrando*).—He aprendido y he conocido muchas cosas: ¡á cuántos podría revelar importantes noticias! Á no pocos alivié la pena que les roía el corazón.

MIME.—Aunque hayas observado sabiamente las cosas y hayas espiado mucho, aquí no necesito observador, ni espía; quiero estar solo. Á los holgazanes les dejo que sigan su camino.

EL VIAJERO (*acercándose unos pasos más*).—Alguno pensaba ser sabio y precisamente ignoraba lo que más le convenía saber; hice que me preguntase lo que quisiera: y mi palabra le dió la solución.

MIME (*cada vez más alarmado, cuanto más se le acerca el viajero*).—¡Muchos saben mil nimiedades; yo me sé lo necesario; y á ti que tan sabio eres, te enseño la puerta!

EL VIAJERO (*se sienta en el hogar*).—Aquí me siento en tu hogar, y apuesto la cabeza á que contestaré satisfactoriamente á las preguntas que me hagas.

MIME (*asustado y perplejo, aparte*):—¿Cómo me desharé de este importuno? Voy á hacerle algunas preguntas que le pongan en aprieto. (*En voz alta.*) Contra tu cabeza apuesto mi hornillo; tres preguntas voy á dirigirte; cuida, pues, de contestarlas bien!

EL VIAJERO.—Empieza.